

EDUCACION: la raíz del problema***Jaime Jaramillo Uribe**

Es posible que el país no se haya percatado de que uno de sus más grandes problemas —el más agudo y el más influyente en toda la vasta gama de sus defectos sociales— es el de la educación, decía con certero criterio el director de EL TIEMPO en su editorial del sábado pasado, titulado, sin hipérbole alguna, “El Drama de la Educación”. Y en efecto, sólo cuando al iniciarse el año escolar unos exámenes de admisión muestran en toda su desoladora realidad la impreparación de los aspirantes a ingresar a la Universidad, y cuando a las puertas de las escuelas se agolpan los millares de estudiantes que deben ser rechazados por falta de capacidad de los edificios escolares, por la insuficiencia de profesores y la pobreza de las dotaciones técnicas, sólo entonces el país vuelve los ojos hacia el vasto y desazonante problema de la educación. Pero si es justo que el país mantenga su conciencia vigilante alrededor de problemas tan vitales —pero no más vitales que los de la cultura— como el de su desarrollo industrial, su economía cafetera, sus formas constitucionales o la vivienda económica, ¿por qué no ha de mantenerla sobre el de la instrucción pública en todos sus aspectos y matices?

Sin darse plena cuenta, el país está abocado a un caso de desequilibrio y atrofia social de repercusiones incalculables. Si alguien tuviese la curiosidad y los datos necesarios para echar una ojeada siquiera superficial a las cifras del presupuesto del Estado, o se decidiese a comparar los índices de crecimiento de la riqueza agrícola e industrial en los últimos diez años, o confrontase los resultados del último censo de población con los correspondientes de hace veinte años con los gastos públicos en materia de educación, seguramente tendríamos más de una sorpresa y la explicación de por qué, como lo observaba el editorialista de EL TIEMPO, “vamos hacia atrás en esta materia con impresionante y peligrosa celeridad”.

Hay que anotar, sin embargo, a este propósito, que aún llegándose a demostrar que las inversiones que el país hace en servicios educativos es proporcional al crecimiento que presenta en otros aspectos de la vida nacional, no habría lugar a pensar que el problema estaba satisfactoriamente resuelto. Porque aún tomando el problema por su lado más tosco, como es el de los guarismos y las cifras de inversión, en educación como en cualquier ramo de la economía pública y privada lo importante no es gastar sino dirigir la inversión allí donde es más provechosa, buscar el núcleo de las necesidades y concentrar en él todo el esfuerzo.

¿Cuál es ese núcleo en el vasto y complejo problema de la educación colombiana? El señor rector de la Universidad Nacional, doctor Julio Carrizosa Valenzuela, lo ha señalado con la mayor claridad y buen sentido: el problema de la educación nacional es ante todo un problema de elemento humano. En términos más precisos, un problema de escasez e insuficiencia de maestros y profesores. Porque, como muy bien lo anotaba el editorialista de EL TIEMPO, “nuestros pobres muchachos no son culpables de su deficientísima formación cultural”. Y en verdad, quienes han tenido contacto con la educación nacional saben hasta la saciedad que si algo hay en Colombia es materia prima humana. Tanto los profesores

* *El Tiempo*, Bogotá, febrero 9 de 1954.

extranjeros que han actuado entre nosotros como los colombianos que han tenido oportunidad de comparar la capacidad de los estudiantes nuestros con la de los extranjeros, han podido observar que el colombiano medio está bien dotado de inteligencia y en no pocos casos posee una potencia de asimilación superior a la que es característica de países de mayor tradición y más alto nivel de cultura. Pero si nuestro estudiante medio es inteligente, si posee materia prima, carece en términos generales de disciplina, de conocimiento sólido y bien fundado. O en otras palabras, usando de una contraposición conceptual cara a los filósofos —por lo menos a kantianos y neokantianos— tiene materia pero le falta forma. Y le falta forma porque la forma sólo se adquiere a través de ese complicado tejido de instituciones pedagógicas —ya que pedagogía se hace en todas partes que se llaman familia, escuela, liceo, universidad, y éstas, entre nosotros, carecen ellas mismas de auténtica forma.

Pero, ¿quién da la forma, quién crea los hábitos, quién da el ejemplo, quién transmite el conocimiento, quién moldea el barro, ese barro de primera calidad que en general es el colombiano? Por eso tiene plena razón el rector de la Universidad cuando dice que el problema de la educación nacional no es de pécsum es ni programas, sino de número y calidad de profesores. No se trata de poner esta materia para reemplazarla por aquélla, de aumentar una hora de aritmética para disminuir una de geografía, de enseñar el castellano en cuarto año de bachillerato y no en quinto. Estos aspectos del problema son importantes sin duda, y sería equivocado desdeñarlos. Pero no son lo esencial. No hay buen pécsum con mal profesor ni mal programa para un maestro excelente. Ni tampoco se trata de deslumbrantes equipos de material didáctico ni de fábricas flamantes, aunque de unos y otros tenemos ingentes necesidades. Quienes hayan tenido alguna vez oportunidad de ponerse en contacto con los grandes centros universitarios europeos se habrán dado cuenta de que —con muy raras excepciones- funcionan en viejos y a veces destartalados edificios, muchos de ellos medioevales, los más modernos de la época barroca, y que sin embargo están llenos de espíritu, porque la experiencia y la sabiduría han enseñado al europeo que el hombre lo decide todo.

La conclusión obvia de estas consideraciones sumarias es que todo nuestro esfuerzo debe dirigirse a una meta: la formación del elemento esencial de toda empresa educativa: el profesor. De profesores de segunda enseñanza en primer lugar, con lo cual queremos indicar que las Normales Superiores deben ser el objeto del máximo apoyo del Estado. Porque allí es donde se forman los profesores de los colegios secundarios, de las Escuelas Normales Regulares que preparan los maestros de las escuelas primarias y de las escuelas técnicas. Y aquí nos permitimos disentir de quienes piensan en la cuestión educacionista en primer lugar en términos de alfabetización y presumen que el problema debiera resolverse de abajo a arriba y no al contrario, porque esta opinión, sin duda animada de las mejores intenciones filantrópicas, carece de lógica. ¿Cómo vamos a tener buenos maestros primarios sin buenas Escuelas Normales y cómo existirían eficaces profesores de éstas sin excelentes Escuelas Normales Superiores?

Por eso estamos firmemente convencidos que la más positiva aportación que se ha hecho a la educación colombiana en todos sus rangos y categorías, fue la fundación, hace veinte años, de la antigua Facultad de Ciencias de la Educación, más tarde Escuela Normal Superior —nombre óptimo que ha debido conservarse— y hoy Universidad Pedagógica. Pero el país necesita no una, sino varias Normales Superiores, situadas en distintas ciudades de la nación y en primer lugar en Bogotá. En Bogotá que —con toda la admiración, el amor y la

gratitud que nos merecen todas nuestras ciudades- es en Colombia “la ciudad”; la ciudad que da a nuestros maestros, a nuestros universitarios, a nuestros políticos una visión nacional de los problemas y una imagen integral de la patria. Uno de los servicios que algún día deberá establecerse entre nosotros es el de una red amplia de cursos de extensión de estudios para postgraduados de todo el país, para que no exista profesional y sobre todo maestro o profesor que no haya mirado los problemas públicos sin la irremplazable perspectiva que sólo puede dar la ciudad que es la síntesis de la nación. No por razones sentimentales de poco momento, sino por rigurosa deducción de los más realistas principios pedagógicos, debemos reforzar el conocimiento y apego a nuestra ciudad capital, sin cuyo contacto, así como un francés, un alemán o un inglés sin el contacto con París, Berlín o Londres nunca llegan a ser representantes de un tipo nacional, un colombiano no llega a ser plenamente ciudadano de Colombia.

Sí, el país necesita avalanchas de profesores, pero también necesita otra cosa no menos esencial: la organización de una efectiva carrera del profesorado, que abarque de la escuela primaria a la Universidad, y que garantice seguridad y retribución decorosa a sus servidores. Colombia está en pleno crecimiento y las oportunidades de mejoramiento económico son amplias en todos los campos para quienes sean listos, madrugadores y conozcan medianamente la técnica del deber y el haber. Además, una economía en crecimiento es siempre una economía de vida cara, o, como suelen decirlo los economistas, en estado crónico de inflación. Como por otra parte somos humanos, y los genios y filántropos de la educación como el gran Pestalozzi no abundan, si el país quiere tener —y no tiene otra escapatoria— un eficiente profesorado en todos los órdenes de la educación, pública y privada, tiene que decidirse a remunerarlo decorosamente y a garantizar a quienes dedican una vida a la creación de cultura, no para explotarla comercialmente sino para transmitirla con generosidad, que no tendrán un status social inferior al de ningún otro profesional de su rango.

